NOTAS

ALBERTO SAURET: ENTRE LA LUCIDEZ Y EL DELIRIO*

Claudia Albarrán**

228

Hace poco más de un mes, Alberto Sauret apareció una mañana en mi cubículo para invitarme a presentar el libro que hoy nos convoca aquí: *Permanencia del mito*, de cuyo proceso de escritura yo había tenido noticias sueltas, fragmentadas, cada vez que me encontraba azarosamente con él en los pasillos del ITAM, entre clase y clase, entre café y café. Desde luego, acepté enseguida, pensando que se trataba de uno de sus peculiares textos, pues desde hace varios años le sigo la pista en casi todo lo que escribe y firma con su nombre (en la revista *Estudios*, por ejemplo), y también intento identificarlo en aquellos breves artículos

* Los siguientes escritos fueron leídos por sus autores para la presentación del libro de Alberto Sauret, *Permanencia del mito* (2001, México, Ed. Coyoacán), realizada recientemente en el campus Río Hondo del ITAM.

** Centro de Lenguas, ITAM.

y notas que aparecen en otras publicaciones menos académicas (como *El Supuesto* u *Opción*) y en las que sé que escribe –a pesar de que sé también que se oculta perversamente– camuflado por infinidad de seudónimos, por infinidad de nombres y apellidos tanto de hombres como de mujeres que se ha inventado y que más de una vez me han tentado a llamarlo por teléfono para preguntarle a boca de jarro: ¿Fuiste tú, Alberto?, a riesgo de caer en el ridículo de repetir el eslogan publicitario de esa reconocida marca de jabón.

Acostumbrada, pues, a sus disfraces, a su ironía tan característica, a sus juegos de palabras, a sus historias sobre perros y a su inteligencia chispeante, me pareció fácil –una vez que él abandonó mi cubículo aquella mañana– subir los pies a la silla que está frente a mi escritorio y abrir la primera página del libro, dispuesta a disfrutar de ese Alberto lige-

NOTAS

ro, caleidoscópico y múltiple que yo presumía conocer. Debo confesar, sin embargo, que, tras leer la Introducción, no pude más que detenerme, sorprendida por la envergadura del libro que tenía en mis manos y conmovida, asimismo, por aquellas preguntas que toma de Denis de Rougemont a manera de epígrafe y que constituyen el arranque de su lúcida y delirante escritura: “¿De dónde proceden los mitos? ¿Son invenciones nuestras o nosotros somos las suyas?”

Sé que acabo de utilizar dos adjetivos radicalmente opuestos para nombrar aquella impresión que tuve al leer las primeras páginas de *Permanencia del mito* y, sin embargo, aún hoy, tras haberlo concluido, no encuentro una mejor manera para intentar describirlo. Y es que, si ya resulta complejo definir qué es el mito primitivo y arcaico, más aún lo es identificar cuáles son los mitos de hoy y cómo o a partir de qué se constituyen para avalar las grandes mentiras de nuestro tiempo. En su libro —que atinadamente se divide en siete apartados dedicados a desentrañar el significado de las palabras mágicas que la modernidad ha acuñado (como progreso, economía, política, ciencia, seguridad, milenarismo y posmodernidad, entre otras)— Alberto Sauret irá mostrando uno a uno los complicados pasos, vuelcos y tropie-

zos que se han dado a lo largo de nuestra civilización para formar, al fin, ese andamiaje ideológico que hoy nos gobierna, al tiempo que analiza obsesiva y detalladamente las distintas posturas y respuestas que los filósofos y pensadores de éste y de otros tiempos han asumido al respecto.

De Platón a Cassirer, de Jenófanes a Popper, de Sócrates a Ortega y Gasset, de Kant a Heidegger, Sauret finca puentes, desgrana teorías, resquebraja nociones, deconstruye utopías. En una palabra: razona en voz alta, y lo hace como pocos críticos lo hacen, es decir, desde la estatura de los grandes: sin idolatrías, sin concesiones, sin pudor, sin complejos. Su cultura es enorme; sus lecturas, infinitas. Combina, además, ejemplos y contraejemplos, héroes de la historia y héroes de caricatura, escenas de cine, cuadros de museo y retratos de la vida cotidiana, biografías de científicos y de locos, rincones del México antiguo y emblemas de nuestra supuesta modernidad: Perisur, Televisa, el noticiario Eco, el Guasón, Batman, la Chica Maravilla conviven con el retrato de Majorana o de Einstein, con Sadam Hussein o con Echeverría y López Portillo, en una suerte de carnaval monstruoso y alucinante.

Lúcido en todos sentidos —es decir, como lo que sobresale o manifiesta su

NOTAS

230

posición de adelantado, como lo que corresponde notoriamente al provecho del trabajo realizado, como lo que comunica luz y claridad— el discurso de Sauret se vuelve profético: cálculo y crítica de hechos pasados, conjetura y predicción de acontecimientos futuros. Basta citar dos fragmentos de *Permanencia del mito* para comprobarlo: “Hombres que no moverían un dedo por una conclusión racional, serían capaces de morir por un dogma”, escribe Sauret en la página 17, parafraseando al Cardenal Newman, y más adelante agrega: “(...) nunca hemos vivido tan inseguros como bajo el amparo de sistemas de defensa y de los departamentos de seguridad con un planeta sembrado de misiles y rodeado de profesionales super, hiper, meta, para policiales que operan con manos negras, rojas y carta blanca.” (p. 80)

Ahora bien, si, por un lado, el cuerpo total del libro es sobradamente iluminador, por el otro, se torna delirante debido a la yuxtaposición de caras, fragmentos de retratos, figuras y voces que su autor decanta, entremezcla y recorta para insertarlas en su propio y escrutinador discurso. La conocida frase de Goya “los sueños de la razón producen monstruos” parece condensar su propósito: mostrar cómo la maquinaria del pensamiento que nos ha conducido hasta el siglo XXI ha sido modelada por los me-

dios, por la ilusión de abundancia y prosperidad, por una falsa cultura ecológica pro-vida-sana, por la propaganda política y religiosa, mediante la utilización de nuevas y sofisticadas técnicas que —lejos de posibilitar nuestros sueños— nos han sumergido en aberrantes pesadillas. Al respecto, la visión de Alberto Sauret no podría ser menos trágica ni menos apocalíptica. Como Calder, dirá: “el planeta es un enorme depósito de nuestros errores” (p. 16) y en su discurso se refuerza una y otra vez la imagen de la precipitación, de la caída, condensada en el párrafo siguiente: “(...) en ningún momento hemos asistido a un enérgico golpe de timón, nos hemos seguido enfilando hacia donde ruge la cascada. Hoy no se puede persistir en esta fe sin cultivar la hipocresía, la ignorancia y la necedad” (p. 45).

No obstante el tono pesimista, fatalista que parece predominar en el libro, Alberto Sauret —quien se autonombra un ser fronterizo, rara especie perteneciente a los individuos “no totalmente integrados ni completamente marginados” (p. 230)— apuesta por el conocimiento, por la crítica, por la razonabilidad como únicas herramientas capaces de contrarrestar la anestesia, la indiferencia. Su propuesta es una nueva recuperación de lo sagrado mediante una actitud genuina de honra a la existencia, traducida en “evaluar y aprobar nuestros

NOTAS

proyectos con relación a su previsible contribución a la vida” (p. 248), que siempre será –y así lo confirma su libro– un llamado a la prudencia.